

Bolivia y la guerra aymara.-

por Juan Carlos Pinto Quintanilla

De qué se trata la guerra que vivimos? del enfrentamiento sucesivo, permanente e histórico entre dos partes que pretenden definir una estructura de poder, que nunca se terminó de definir en este país. Y es que la multiplicidad de identidades amalgamadas en esta estructura republicana, que pretendió definir a lo boliviano como la única forma de pertenencia ciudadana, expulsó, discriminó y oprimió a las otredades en tanto fuerza de trabajo, pero jamás pretendió incorporarlas realmente como parte de la identidad nacional, ni aún después de un 52 cuando la indianidad fue portadora del poder desde lo proletario pero también desde las miles de milicias campesinas que hicieron conocer de su poder territorial.

El desprecio por esa parte mayoritaria de este país por parte de los oligarcas propietarios, marcó el propio sello de la democracia donde los "doctorcitos" (abogados, título utilizado como prestigio de clase desde la época de la independencia) junto a sus partidos continuaron siendo los administradores del poder, encargados de repartir las migajas para detener las rabias de la plebe y poniendo de tanto en tanto un indio en la estructura de poder para mostrar cuan democráticos son.

El juego no resultó tanto con las últimas elecciones cuando la indiada expresó no sólo descontento sino capacidad para crear espacios propios dentro de la formalidad. Tarde la reacción; tenían a los indios dentro, sólo cabía mostrarles que el poder es de quienes lo manejan y hacer inviable su oposición a través de los inexpugnables mecanismos de participación, del bloqueo total de propuestas o de los intentos continuos de que el dinero de dietas y privilegios confundan y traicionen fidelidades.

Pero la lucha en realidad transcurrió por otros espacios aquellos que tienen que ver con la cotidianidad de la gente donde a pesar de las estrategias de sobrevivencia de la miseria ya no se puede más, mientras el contraste muestra un Estado con un enorme gasto en funcionarios y bienes que no conciben con la situación de la mayoría.

Gasolinazos, impuestazos o perdonazos, nombres con los que el pueblo bautizó a las distintas medidas estatales para lograr recursos cargando siempre el peso mayor en los más pobres, eximiendo y protegiendo al "sector productivo" del país, que además no cesa de pedir que el Estado se olvide de los impuestos y préstamos con los que el erario fiscal los ha sostenido.

Cantidad de demandas sociales irresueltas en el marco de la dependencia y una deuda externa que no cesa de exprimir los escasos erarios que se tienen pero además, a pesar de las condonaciones condicionadas a salud y educación, el Estado desvía fondos o no hace las inversiones necesarias a tiempo.

A esta miseria generalizada se suma el hecho que el Estado, una vez más, sin mayor información, y bajo condiciones lesivas para el país, pretende dar curso al negocio del recurso energético gasífero. La desinformación campea, pero una vez más la suma irresuelta de conflictos sectoriales junto al tema del gas se convierte en el detonante de un conflicto estructural más profundo: la

discriminación estructural que existe desde un Estado oligárquico que no cree que los indios y pobres sean sujetos de opinión y decisión.

Por eso la llamada guerra del gas, que apenas termina en uno de sus capítulos, sólo desnuda nuestro desencuentro como país y hace evidente una vez más la presencia fundamental de ese pueblo anónimo y múltiple que ofrenda su vida generosamente porque ello es su mayor valor. La oligarquía de siempre que ha disfrazado con discursos su odio a la indiada, se descara en las balas que ordena disparar con total desprecio a la vida de los que para ellos nada valen.

Los aymaras cercando la ciudad desde el altiplano el 2001 y el 2002, la muchedumbre tomando la ciudad en febrero del 2003, son pasos sucesivos de un proceso histórico de larga data en la experiencia del movimiento social, que para octubre 2003 ha logrado controlar al ejército en las carreteras pero sobre todo incorporar al mundo aymara urbano a la guerra que el ejército multiplica en cada encuentro.

Cuando el pueblo se descubre en las decenas de muertos y cientos de heridos, no hubo bala ni tanque que la detenga, las redes de solidaridad funcionaron para la movilización aún sobre sus dirigentes, pero también para el control cuando los vecinos literalmente tomaron en sus manos el control de la ciudad de El Alto, del abastecimiento, de la distribución, de la movilización, de las decisiones.

Prontamente se sumaron las laderas de la ciudad de La Paz, con sus propios enfrentamientos y muertos que enfervorizaron a los ciudadanos paceños, que en sus sectores populares se sumaron plenamente al bloqueo. Pero además ellos son quienes en realidad abastecen a las clases medias, las que empezaron cada día a sentir el desabastecimiento y sobre todo el estancamiento a soluciones, junto a las imágenes de masacres que la TV transmitía; debían provocar una reacción, en casos de indignación ética por lo que ocurría, en otros de mejor sumarse al torrente de descontento hacia una salida intermedia que le devuelva la tranquilidad como es la salida constitucional de la sucesión presidencial. Los piquetes de huelga jugaron ese papel aglutinador de sectores descontentos y principalmente clases medias que no marchaban o bloqueaban pero estaban dispuestas a poner su parte para cambiar la situación.

Y el presidente se fue huyendo a Miami junto a sus ministros represores, y hoy el pueblo ganó porque su dignidad es más grande que el dolor que le causaron. Sin embargo, los problemas continúan, los sectores demandan no sólo ser escuchados, sino ser parte constituyente de este país en la toma de decisiones y en la ejecución de las políticas estatales, en fin, ser ciudadanos en la construcción de una verdadera Democracia...este es el reto fundamental del nuevo Presidente.

La Paz a Octubre del 2003.